

Presentación

Litúrgicamente, estamos en el tiempo de la Navidad. En este tiempo, los cristianos celebramos el nacimiento humano del Hijo unigénito de Dios. Es el acontecimiento más sorprendente de la religión cristiana. Ninguna otra religión confiesa esto que los cristianos conmemoramos en Navidad: que el hijo nacido de María Virgen es el Hijo del Dios altísimo, que el hombre recién nacido de María de Nazaret es el mismísimo Hijo que es engendrado por el Padre en el Espíritu desde toda la eternidad.

Pero los textos del Nuevo Testamento añaden una circunstancia histórica muy concreta al nacimiento del Hijo de Dios como hombre: su comienzo como hombre fue el propio de los hombres pobres, un comienzo que pone de manifiesto la falta de justicia y de fraternidad entre los hombres.

El relato de Lucas sobre dicho comienzo humano del Hijo de Dios subraya la nota de pobreza del lugar del nacimiento y la repulsa de que es objeto el Hijo del Dios altísimo cuando escribe que María dio a luz en un pesebre «porque no había sitio para ellos en la posada» (*Lc 2,7*).

El relato de Mateo, que en muchos de sus pasajes refleja la fe postpascual de los cristianos en Jesús como Hijo de Dios y como Salvador de todos, de judíos y de gentiles, acentúa aún más que Lucas el rechazo que recibe Jesús desde el primer momento de su existencia por parte sobre todo del pue-

blo israelita. Según el relato de Mateo, la vida de Jesús corre peligro en Judea y encuentra refugio en Egipto, precisamente en el lugar que había sido la tierra de la cautividad de los antepasados israelitas.

Juan, en el prólogo teológico de su evangelio, después de recordar que la Palabra existía desde el principio y que estaba con Dios y que era Dios, añade que la Palabra «se hizo carne» (*Jn 1,14*), expresión que indica no sólo el paso de la divinidad del Hijo a una nueva forma de existencia, la humana, sino que también sugiere desde el principio de su humanización la condición sufriente y humillante del Hijo de Dios, condición que alcanzaría su colmo de injusticia humana en la cruz. Otro tanto nos dice Juan mediante el símbolo de la luz aplicado al Hijo eterno de Dios: «Vino a su casa y los suyos no la recibieron (la Luz)» (*Jn 1,11*).

Y ¿qué decir de Pablo? Pablo advierte con perspicacia ya en el comienzo humano del Hijo unigénito de Dios la inauguración de una «economía de salvación» caracterizada por el vaciamiento del poder divino, por la humillación y repulsa de parte de los otros hombres: «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo»... (*Fil 2,6-7*).

La historia de la catequesis no siempre ha sido fiel a la evangelización emprendida por el Maestro. En muchas ocasiones, se ha olvidado que el Hijo del Padre vino a salvar sobre todo a los maltratados por el resto de la sociedad, a los desahuciados, a los apartados como indeseables...

Este número 95 de la revista SINITE hemos querido dedicarlo al estudio de la evangelización de algunos de esos pobres. A ellos apunta el título del presente número: **Lugares y lenguajes olvidados de la catequesis.**

Los cinco artículos que lo componen responden a otras tantas tesinas de algunos de los alumnos que se han licenciado estos dos últimos años en el Instituto Pontificio de Ciencias Religio-

sas y Catequéticas «San Pío X». Son artículos escritos con el saber utópico y apasionado de quienes han culminado la carrera de una Licenciatura, pero que pueden ser de mucha utilidad a los que llevamos muchos años en la catequesis práctica. El mero enunciado de los artículos nos habla ya de unos lugares y de unos lenguajes que tienen mucho que ver con el espíritu y la realidad de la Navidad del Hijo eterno de Dios, y que quizás los veteranos de la catequesis habíamos olvidado.